

# A POSTILLA

## A LOS *ESCRITOS MENORES* DE FRANCESCO GUICCIARDINI

José Antonio Hernández García

José Antonio Hernández es egresado de la licenciatura en relaciones internacionales por El Colegio de México. Autor de *La expiación del vacío* (ensayos), *El sitio de Patmos* (narrativa), *El secreto de Viyek* (poesía), *Desde el balcón de San Casciano* (artículos políticos) y *Don Juan y el Príncipe. Poder y seducción*. Como traductor ha vertido al español textos de Ernst Jünger, Yukio Mishima, Louis-Ferdinand Céline, René Guénon, Carl Schmitt, Julius Evola, André Gide, Frédéric Grover, Gottfried Benn, León Trotsky, Pierre Drieu La Rochelle, Henry de Montherlant, Mircea Eliade, Alain de Benoist, Julien Freund y Santo Tomás de Aquino.

*La buena fortuna de los hombres es frecuentemente el mayor enemigo que tenemos, porque nos vuelve malos, frívolos e insolentes; sin embargo, el mayor parangón del hombre es resistir más a la buena fortuna que a la adversidad.*

Francesco Guicciardini, *Recuerdos*, 164

*Un príncipe auténtico debe hacer suyas todas las virtudes del don Juan. Y un seductor genuino debe profesar todos los defectos de un príncipe. Ambos ejercen su poder mediante el engaño, sea sobre el cuerpo real de la república, o sobre el espíritu verdadero de la mujer.*

José León, *Tratado sobre el desdén*, § 33

Verismo y realismo político

**A Francesco Guicciardini** siempre se le ha escatimado su prestigio como pensador político y como hombre de Estado, en parte debido a que su contemporáneo fue Nico-

lás Maquiavelo (1469-1527), quien pasa por ser el creador del modelo fundacional de la *Realpolitik*, es decir, la consideración de que en la política práctica no existen valores morales, éticos ni doctrinales superiores a la eficacia en el movido terreno de los intereses políticos. Tampoco podemos olvidar que los años en que vivió Guicciardini (1483-1540) fueron los del florecimiento de las figuras más sobresalientes del Renacimiento italiano y de otros personajes ilustres que contribuyeron a diseñar un nuevo rostro al mundo: Miguel Ángel, Leonardo, Maquiavelo, Savonarola, Cristóbal Colón, los Reyes Católicos, Botticelli, Rafael...

Estudiado y comentado por estadistas, políticos, filósofos, escritores y pensadores en general, la fama y las reflexiones de Maquiavelo han captado la atención de Napoleón, Federico el Grande, Max Weber, Voltaire, Carl Schmitt, Ortega y Gasset, Mussolini, Eugenio D'Ors, Gramsci, Vilfredo Pareto, Lenin, Quentin Skinner, Fidel Castro y un sinnúmero de estudiosos y líderes políticos estadounidenses, europeos e iberoamericanos, que sería difícil enumerar. Menor ha sido el número de personas que han profundizado en la obra de Guicciardini, a pesar de que en el siglo XVIII fue redescubierto y sus obras conocieron numerosas ediciones y traducciones.

A la distancia podemos apreciar la grandeza parigal de ambos pensadores, por lo que es interesante contrastar algunos aspectos de sendas obras, sin olvidar que el primer crítico de la obra de Maquiavelo fue precisamente su amigo Francesco Guicciardini. Algunos aspectos del pensamiento y de la visión histórica de este último pueden percibirse en estos *Escritos menores*, que por su temática son susceptibles de ser contrastados con aspectos particulares de la obra de Maquiavelo.

Si el "realismo" político maquiavélico considera algunas prescripciones generales para que el Príncipe actúe y conserve el poder —y que en el siglo XX fue equiparado con el proletariado—, el "verismo" político *guicciardiniano* enfatiza la casuística de cada decisión política pero apoyada en ciertas consideraciones morales circunscritas en su momento peculiar. Guicciardini vive los momentos en que la tradición comienza a perder su carácter sagrado y la Iglesia va adquiriendo un valor instrumental. Se conservan incólumes algunas virtudes y valores secularizados, pero la visión de conjunto privilegia la realización terrenal de la unidad, de la abundancia y del cultivo de las artes superiores.

Al realismo implacable y, en ocasiones, descarnado y cínico de los preceptos maquiavélicos, Guicciardini opone un sustrato ético en el que aparece el alma, más que el ciudadano, como el objetivo que debe procurar cualquier soberano. Esto sin desconsiderar el entorno histórico en el que vive la República.

El verismo político, pues, se apoya en criterios de verdad que, no obstante tener también un valor instrumental, no son relativos. Para Guicciardini la forma política de la República permite equilibrar los diversos intereses de los actores políticos para no sucumbir ante el unilateralismo y la autocracia de un ideal imperial que, pese a tener *per se* numerosos atributos, con frecuencia carece de la virtud y la visión para actuar con rectitud.

Virtud y Fortuna, epicentro del pensamiento político renacentista, se ven de esta manera ponderados desde distintas perspectivas. De allí la actualidad de Guicciardini; un diálogo soterrado y luminoso con la implacabilidad del realismo político, que en nuestros días es capaz de emprender guerras incruentas, sin que medie la moral del político que, según Maquiavelo, debe ser la prudencia.

Francesco Guicciardini, hombre de Estado

Francesco Guicciardini nació el 6 marzo de 1483, hijo de Pedro de Jacobo Guicciardini y de Simona de Buongianni Gianfigliuzzi. Murió el 22 de mayo de 1540 en su villa de Santa Margarita en Montici. Tercer hijo de una numerosa familia integrada por once hermanos (cinco varones y seis mujeres), desde joven decidió dedicarse al derecho y a la política, con lo que contribuiría a mitigar las difíciles condiciones económicas en que vivía una familia tan numerosa. Su padre, Pedro, amigo personal de Marsilio Ficino y personaje prominente de la vida política de la ciudad, fue embajador de los Médicis en la corte sforziana de Milán.

Después de haber recibido una educación esmerada en el terreno humanístico, Francesco completa sus estudios y se gradúa en derecho civil en la Universidad de Pisa en 1506 y, no sin fortuna, inicia la carrera de abogado. En 1512 la República lo designó embajador ante Fernando el Católico, rey de España. Fue durante su estancia de dos años con este soberano habilísimo que maduró los elementos primordiales de su pensamiento político. Cuando Guicciardini disfrutaba en España de una estancia fructífera, en Florencia caía el gobierno democrático de Pedro Soderini, y los Médicis

—protegidos de los españoles— regresaban al poder. Mientras tanto, Guicciardini, que en 1508 se había casado con María de Alamanno de Averardo Salviati, hija de un adversario incondicional de Soderini, trató de ganarse el favor del nuevo soberano. Al regresar a su patria —y por recomendación del joven Lorenzo de Médicis— León X lo nombra gobernador de Módena. En este encargo Guicciardini pudo desplegar sus instintos de hombre de mando que se le habían revelado desde la juventud.

Su primer periodo de actividad política va de 1508 a 1516 y está señalado por la importancia de sus encargos públicos. Ya apuntamos que Guicciardini fue embajador de la República de Florencia ante la corte del rey Fernando el Católico, y entre 1514 y 1515 detentó posiciones de primer plano en la administración de Florencia. En este lapso sobresale la redacción de su *Historia florentina*, que abarca el periodo comprendido entre 1378 y 1509. También destaca su muy famoso *Discurso de Logroño*, un escrito de teoría política donde Guicciardini sostiene una reforma en sentido aristocrático de la República florentina, y que pretende homologar con el sistema veneciano. De 1516 a 1527 trabaja para la curia pontificia al servicio de los papas mediceos: primero León X y después Clemente VII. A Guicciardini se debe la iniciativa que condujo a la formación de la Liga de Coñac en contra de Carlos V. De este tiempo es su *Diálogo del regimiento de Florencia* en dos tomos, el último de los cuales apareció en 1526.

A la manera de los diálogos platónicos, Guicciardini imagina una discusión desarrollada en Florencia en 1494, dos años después de la muerte de Lorenzo el Magnífico. Los interlocutores son el padre del escritor, Pedro, Pablo Antonio Soderini y Pedro Capponi, todos fervientes republicanos, a quienes contraponen al viejo Bernardo del Nero, vinculado con el partido mediceo. Este último, partiendo de un riguroso análisis de los hechos y no de ideas preconcebidas, demuestra a sus tres amigos lo ilusorio de su fe republicana, y sostiene que el régimen democrático presenta más numerosos y graves defectos que el monárquico. Bernardo admite también la dificultad de restaurar el poder mediceo en las circunstancias prevaletantes, y propone como alternativa a la constitución democrática un gobierno mixto, que preveía a un Gonfaloniero de por vida, un Gran Consejo para la elección de magistrados, así como un Senado para la preparación de las leyes y para el tratamiento de los asuntos de mayor importancia. Desde entonces emerge en él la convic-

ción de que en la política no puede haber reglas absolutas, teorías generales o doctrinas sistemáticas válidas universalmente para cualquier tiempo o lugar.

Un breve tercer periodo coincide con la restauración de la República de Florencia después del saqueo de Roma, entre 1527 y 1530. Confinado a la vida privada por haber servido a los Médicis, Guicciardini escribe en defensa propia tres alocuciones: *Consolatoria*, *Acusatoria* y *Defensa*. Retirado en Roma completa la composición de sus *Recuerdos* y, en 1529, sus *Consideraciones en torno a los Discursos de Maquiavelo sobre la primera década de Tito Livio*. Mediante un análisis preciso y riguroso de la obra de Maquiavelo, Guicciardini intenta indagar el andamiaje teórico de los razonamientos maquiavélicos, callados y convincentes en apariencia, pero en realidad infundados y arbitrarios. El diferendo no se refiere solamente a algunos aspectos particulares del tratado, sino que se dirige a los fundamentos mismos de la filosofía de la historia sobre la que Maquiavelo basaba su pensamiento. La historia romana no tiene, para Guicciardini, ningún valor ejemplar desde el momento en que no existen en la historia leyes y modelos absolutos que nos permitan comprender y valorar la realidad. La visión del mundo que deriva de ésta resulta del todo relativa y fragmentaria, sin que se le pueda encuadrar en la totalidad de un sistema teórico capaz de ofrecer criterios ciertos e indiscutibles.

Los *Recuerdos* refieren varios periodos de la actividad del Guicciardini diplomático y hombre político, y se nutren de esta larga y compleja experiencia. De aquí el carácter de la obra (el título significa propiamente “asuntos para recordar” y, por extensión, “pensamientos”, “reflexiones”), que enfrenta la realidad con un pesimismo amargo y desilusionado sobre problemas más generales. Se trata de reflexiones capaces de ofrecer una enseñanza útil pero que carecen, todavía, de una validez absoluta pues la realidad no obedece a leyes universales y siempre conserva un curso mutable e impredecible. De aquí también nace la estructura del libro, cuyos “recuerdos” se suceden uno a otro de manera independiente, sin integrar un cuadro complejo y unitario, lo que da vida a una especie de “antitratado” en la medida en que renuncia a un discurso completo, sistemático y totalizador.

Las condiciones políticas de Italia en esos años no eran propicias ni estables: se debían enfrentar las graves consecuencias de la guerra que estalló en 1521 entre Carlos V y León

X por un lado, y Francisco I por el otro. En 1524 Clemente VII, a quien ligaba a Guicciardini una profunda amistad, le confirió la presidencia de Romaña con la potestad de ejercer los poderes jurisdiccionales y de reformar esa región que se encontraba dominada por luchas e intereses locales. Sin embargo, dos años después debió abandonar sus compromisos para estar en Roma, cerca del pontífice. En Roma Guicciardini sostiene la tesis de que para oponerse al dominio absoluto de Carlos V sobre toda Italia era necesario concentrar todas las fuerzas para consolidar la formación de una eficiente liga antiimperial. La tesis de Guicciardini fue aceptada, pero su plan falló por la fuerza de las circunstancias y Carlos V pudo tomar y saquear Roma (1527).

La carrera de Guicciardini casi llegaba a su término después de haber conquistado las más altas cimas de la política: acusado por los republicanos extremistas que habían perturbado de nuevo a los Médicis, debió presentarse ante Otto di Guardia y fue condenado. La nueva restauración medicea le permitió volver a ocupar su antiguo cargo y su elevado pres-

tigio; pero Guicciardini se opuso contra el peligro que los Médicis representaban para Florencia con el principado absoluto, y sostuvo la tesis —propia de su pensamiento político— de la necesidad de contemporizar la forma republicana con la dictadura medicea con la finalidad de no crear entre los Médicis y el pueblo una fractura insalvable. Sus tesis no fueron compartidas, y Clemente VII —irritado por la oposición de Guicciardini— lo alejó de Florencia nombrándolo gobernador de Boloña.

El último acontecimiento de su vida política no hace más que confirmar su caída. Es cuando Cósimo I cede a Carlos V las fortalezas de Florencia, Pisa y Livorno —en contra del parecer del partido antiimperial que tenía como jefe a Guicciardini— que su carrera puede considerarse definitivamente concluida.

Después de la caída de la República de Florencia y la restauración del poder mediceo (1530), Guicciardini regresó a Florencia y recuperó varias mansiones por cuenta de los



Médicis y del papa Clemente VII, pero, más tarde, en 1534, el nuevo papa Pablo III no le dio más encargos de importancia. Sin embargo, el nuevo duque, Cósimo de Médicis, desconfiaba de la actitud antiimperial de Guicciardini, por lo que en 1537 él prefirió retirarse a su villa cerca de Arcetri (Florenia), en donde trabajó en su *Historia de Italia*, su obra más vasta y laboriosa. Guicciardini murió en 1540, sin haber podido finalizar la redacción definitiva de esta obra.

Escrita entre 1537 y 1540, la *Historia de Italia* abarca los gobiernos comprendidos entre 1492 (año de la muerte de Lorenzo el Magnífico) y 1534 (año de la muerte de Clemente VII), e incluye algunos de los episodios más oscuros de la historia entonces reciente —el derrocamiento de Carlos VIII (1494) y el saqueo de Roma (1527)— con los que se consuma la “ruina de Italia”, y que representan el epicentro del interés primordial del autor. La obra parte de una formulación historiográfica nueva y moderna, que supera la estrecha perspectiva municipal de la historiografía tradicional: la mirada histórica va más allá de los confines de Florenia para abarcar la historia de toda Italia, inserta y explicada en el cuadro de la gran política europea, en la que la península desempeña un papel —aunque secundario— trágicamente relevante. Esta obra amalgamaba su actividad política con las de teórico de la política e historiador. De aquí la polémica contra Lorenzo el Magnífico —incapaz, según Guicciardini, de colaborar con los *ottimati* en el gobierno de la ciudad— y a quien acusa de haber provocado la destrucción de su clase política. Este episodio contrasta con la visión de Maquiavelo quien, por cierto, dedica su obra *El Príncipe* a Lorenzo de Médicis. En este sentido, puede valorarse la primera parte de sus *Escritos menores*, dedicada justamente a ponderar los sinsabores y desazones de la genealogía de Lorenzo de Médicis.

El equilibrio, noción capital en la obra de Guicciardini

Los temas de la *Historia de Italia* fueron retomados de algunos de sus discursos, entre los que sobresale el ya mencionado *Discurso de Logroño*, en donde aconseja a los Médicis el modo de asegurar el poder (1516). La tesis de Guicciardini difería de la de Maquiavelo, pues aquél aconsejaba que a los Médicis tenía que controlárseles mediante los *ottimati* para impedir que su gobierno se transformara en un poder tiránico y absoluto.

El diálogo *Del regimiento de Florenia* —iniciado quizás en 1512— desarrolla y organiza en un sólido contexto doctri-

nario estos apuntes de crítica política. Así, se entiende que el *Diálogo* afiance el esquema ideológico de la situación histórica de la que nace, y por otro presuponga esta situación porque, fuera de estos términos, resulta incomprensible. Con las *Consideraciones en torno a los Discursos de Maquiavelo sobre la primera década de Tito Livio* (1529-1530) Guicciardini comienza a dar pruebas de su sensibilidad —en especial histórica— al examinar algunos capítulos de la obra de Maquiavelo, hecho que ya había anticipado en cierto modo en sus *Recuerdos políticos y civiles*. Pero es sobre todo en *Asuntos florentinos*, su gran obra histórica, y con la ya mencionada *Historia de Italia*, en donde se puede tener idea de la dimensión de su pensamiento histórico que lo convierte, según Jean Bodin, en el gran padre de la historiografía moderna. Si la polémica política es completamente absorbida por el recuento histórico, se debe a que éste se plasma como realización historiográfica con una capacidad precisa de entender la variable y compleja apariencia de los hechos.

Su primera obra relevante, *Historia florentina*, es de carácter histórico —a pesar de que algunos la consideran con cierta reserva y apenas en años recientes se ha sostenido que es más bien un extraordinario documento de polémica política. El título de esta obra no es de Guicciardini, pero comenzó su redacción alrededor del año 1508, y narra la historia de Florenia desde el tiempo de Cósimo el Viejo hasta la época de Pedro Soderini. Para la narración de esta variada y complicada materia, Guicciardini introduce, como criterio de interpretación, su concepción del gobierno moderado, es decir, de un gobierno que se sustrajera tanto al predominio del control popular, por un lado, como al tiránico control de un solo hombre, por el otro. Dicho gobierno tiene una proyección de equilibrio en los modernos análisis sistémicos de la política.

Maquiavelo y Guicciardini

La gran y más infamante acusación que lanza Guicciardini en contra de Maquiavelo es la de ser un “utopista” en lugar de un “realista”. Sobre el plano teórico confronta las posiciones de Maquiavelo, en especial las contenidas en las *Consideraciones en torno a los Discursos de Maquiavelo sobre la primera década de Tito Livio*, escrito alrededor de 1529 en dos libros que quedaron inconclusos. Allí, Guicciardini somete a un análisis minucioso las afirmaciones principales del núcleo teórico de Maquiavelo. Se trata de reflexiones que buscan más bien criticar y *deconstruir* el pensamiento de Maquiavelo que proponer alternativas para construir un

sistema conceptual diferente. No obstante, la visión laica que ambos comparten, fundada en la “realidad efectiva”, mientras que en Maquiavelo tiene una perspectiva clasicista que tiende a “hablar en términos generales” y a establecer reglas universales basándose en sus lecciones de la historia, en Guicciardini permanece anclada en un empirismo absoluto y radical: sólo cree en la experiencia y en la necesidad de juzgar caso por caso en tanto cualquier evento o fenómeno histórico es único e irrepetible y, por lo tanto, no puede ser analizado a partir de categorías abstractas y universales.

Maquiavelo, además, consciente del límite que ciernen la Fortuna en la acción humana, cree todavía en la historia como una construcción racional y humana y encuentra en la Virtud el fundamento y la legitimación de la libertad del hombre, así como de su capacidad activa y enérgica de construir y modificar la historia de acuerdo con sus finalidades y sus proyectos. La meditación de Guicciardini parte, por el contrario, del reconocimiento amargo de la incapacidad de cada persona de modificar exitosamente el curso de los eventos y reducirlos a esquemas racionales. Hay en él una conciencia de complejidad extrema e irracional de la realidad que no se puede agotar bajo ninguna fórmula. Sería vano pretender establecer normas generales de acción, dado que la realidad, siempre impredecible, trastoca los esquemas a los que queremos constreñirla.

Por lo tanto, sustituye la Virtud de Maquiavelo con la “discreción”, que es la capacidad de analizar y comprender los simples hechos en su infinita complejidad, para poder introducir la acción propia en su tumultuoso curso sin ser arrollado, salvaguardando lo “particular”, esto es, los intereses propios, los propósitos y proyectos personales. En cierto modo, se puede afirmar que, en su pensamiento, la Fortuna vence a la Virtud, y la confianza renacentista en la capacidad constructiva del hombre sobre el mundo parecería hoy en decadencia. Esto explica por qué Guicciardini se dedica exclusivamente a la historiografía, entendida como reconstrucción y comprensión *a posteriori* de los eventos y de su causa, y refuta la forma del tratado político, entendido —como en Maquiavelo— como codificación de un sistema orgánico de leyes y normas universales cuya finalidad es guiar y sostener la acción política de construcción de la historia.

Al igual que Maquiavelo, Guicciardini cree que el hombre es un fenómeno de la naturaleza sujeto a leyes fijas e inmutables, y aunque por momentos el hombre parecería incli-

narse naturalmente más al bien que al mal —Jean Jacques Rousseau, en franca oposición a la maldad inherente a la caída ontológica que representó la expulsión del Paraíso, sostuvo casi tres siglos después la bondad del hombre en su estado natural—, en realidad hace con más frecuencia el mal que el bien; esto se debe al hecho de que las tentaciones son tantas y a que la conciencia humana es débil, pero también y aún más al hecho de que haciendo el mal el hombre logra más fácil realizar su beneficio particular.

Este beneficio que Guicciardini denomina “particular” es la catapulta de las acciones humanas que, en la mayoría de los casos, corresponde al bienestar material, al poder, pero también puede ennoblecerse si corresponde al interés del Estado, a la gloria, a la fama. Para realizar lo “particular”, tanto en el sentido político como en el doméstico, no es posible referirse a la historia y trazar enseñanzas de hechos que ya se agotaron para resolver los hechos del presente, porque en la historia los hechos no se repiten; incluso cuando cualquier circunstancia presente parezca reflejar un episodio de la historia pasada, la situación actual es en efecto muy distinta, siendo por principio distintos los hombres que pueden afrontarla. No se debe, por lo tanto, esperar algo de la ciencia política, sino contar exclusivamente con la “discreción” propia, esto es, una cualidad innata del hombre pero que sólo pocos detentan en medida relevante, y que proporciona la capacidad de intuir, de vez en cuando, la decisión de operar —emprender, por ejemplo, la acción de atravesar la calle— para obtener la ventaja propia y defenderse de los peligros de la vida.

Aunque la historia no puede dar leyes universales de comportamiento, nuestra experiencia personal bien puede afianzar en nosotros la “discreción”.

El hombre debe atenerse a su relación contingente con la realidad, porque es una vana y simple ejercitación mental querer interesarse por cosas sobrenaturales e invisibles. Y respecto de estas consideraciones, comparte con Maquiavelo la necesidad de centrarse en la “verdad efectiva” (esto es lo que podríamos denominar “verismo”), aunque de la situación italiana de su tiempo hace una valoración distinta. Para él no era posible hacer de la Italia de esa época un Estado unitario y se inclina más bien por una confederación de pequeños Estados, tal vez erigidos como una República pero gobernados con cierta “sabiduría”. Es contrario al poder temporal de los papas (aunque se sirve de él para desplegar su



actividad de estadista) y comparte con Maquiavelo el deseo de ver a Italia liberada de los extranjeros. A este respecto es significativo el siguiente pensamiento de Guicciardini: “Tres cosas deseo ver de aquí hasta que muera, a pesar de que creo que no veré ninguna hoy que ya he vivido mucho: la vida de una República bien ordenada en nuestra ciudad; una Italia libre de todos los bárbaros; y un mundo libre de estos sacerdotes”.

Guicciardini —a diferencia de Maquiavelo— no hizo una carrera política notable. Pero, ¿quién fue “premiado” por la historia? ¿Cuál de los dos ha podido beneficiarse de una mayor realización histórica de sus ideales? ¿Se podría decir que Guicciardini fue más “realista” que Maquiavelo cuando pensaba oponerse, sólo con los recursos del papado o mediante una Liga provisional de los mayores Estados italianos, al poder de naciones como España o Francia? ¿Era más realista que Maquiavelo cuando rechazaba la idea de constituir un ejército que no fuera mercenario? En los hechos concretos la política de Guicciardini ha tenido más éxito

que la de Maquiavelo, aunque no se pueda decir que haya tenido más razón.

¿El ideal de Maquiavelo relativo a la unificación nacional no resultó fallido debido a la oposición de políticos miopes como Guicciardini? ¿Qué recordamos hoy con más agrado, al Maquiavelo apasionado y perspicaz o al frío y calculador Guicciardini? La perspectiva de largo plazo ha dado la razón a Maquiavelo, aunque el obstinado rechazo de tres siglos a aceptar su ideal hizo retroceder tanto a Italia respecto de otras naciones europeas, que aún hoy lo resentimos. Si pudiéramos hacerle al sofista, deberíamos poner en discusión también el valor contextual del presunto “realismo” de Guicciardini, el mismo que ponía en práctica en el ámbito restringido de las circunstancias particulares, de casos específicos.

¿Liberalismo aristocrático?

Guicciardini siempre se comportó como un aristócrata alejado de las masas populares. Cuando intentaba explicar los

motivos de la profunda crisis de Florencia, atribuía la responsabilidad a los grandes personajes de la política, a las reivindicaciones de las clases subordinadas, al infortunio... ¿Es esto quizás el verdadero “realismo”? ¿Se puede ser al mismo tiempo “realista” y “oportunista”? ¿El oportunismo de quien piensa sólo en lo “particular” es una garantía de éxito? En su único tratado teórico-político, el *Diálogo del regimiento de Florencia*, compuesto entre 1521 y 1525, Guicciardini desea para Florencia un gobierno “mixto” bajo el modelo oligárquico-veneciano que superara los defectos de la Señoría y del régimen republicano. Prevé dos magistraturas formadas por representantes de las familias más ilustres y más adineradas, en cuyo vértice estaría un Gonfaloniero nombrado de por vida.

La aristocracia que defendía Guicciardini era de la clase de magnates astutos e inteligentes que habían sabido asumir el control del tráfico comercial y de la industria, aliándose con la nueva burguesía mercantil y financiera. Para él, esta clase era la única que podía ser experta en el arte de gobernar, tanto a nivel político-administrativo como militar. Guicciardini es un político conservador: ve con sospecha y desconfianza los tumultos populares (por ejemplo, los de Ciompi) y el absolutismo del Príncipe, y considera irrealizable la idea de un Estado nacional. Su preocupación principal es conservar las antiguas instituciones comunales y corporativas.

Los *Recuerdos políticos y civiles* son alrededor de 400 reflexiones y pensamientos de naturaleza política y moral, de longitud variada, compuestos entre 1525 y 1530, destinados a ser leídos por sus familiares y descendientes (publicados por vez primera, como muchas otras de sus obras, hacia la mitad del siglo XIX). En ellos Guicciardini refirma el principio renacentista de la autonomía de la política, separada totalmente de la religión y de la moral; sostiene que la historia es un producto de los hombres y no de la Providencia, a pesar de que la Fortuna tiene una parte relevante en la vida de los hombres.

Los hombres que hacen historia son aquellos que poseen inteligencia, fuerza, astucia, habilidad, autoridad. El pueblo no hace “historia”. Los eventos históricos son indecifrables si se refieren a un esquema teórico predefinido con el que queramos interpretarlos. En la historia, las excepciones, las circunstancias fortuitas —particulares— las “distinciones” necesarias, hacen imposible una comprensión global

o general de la realidad. Los hechos deben comprenderse en sus propias circunstancias, caso por caso. La Virtud que el político debe poseer, bajo esta orientación, es la discreción, que es la capacidad de discernir con perspicacia, sobre la base de la experiencia, los hechos simples (por lo que prevalece el análisis sobre la síntesis).

En este sentido, Guicciardini se opone a Maquiavelo: no acepta la apelación constante a los antiguos (porque, según él, el pasado no puede ajustarse para vivir el presente al no existir una concatenación lógica de los hechos históricos), ni se aprecia el esfuerzo por abstraer la historia a leyes universales. Los hechos no pueden ser acomodados dentro de una visión unitaria, ni pueden proyectarse de lo particular a lo general: el futuro permanece impredecible e inasequible. De aquí el firme pesimismo intelectual de Guicciardini, que se expresa en su concepción del hombre. A su juicio, la naturaleza humana está inclinada al mal, al menos desde el momento en que acepta vivir en sociedad. Y tal inclinación es inmutable.

A la política idealista y de amplio aliento de Maquiavelo, Guicciardini opone una concepción que él mismo definía como “realista”, pero que sería mejor definir como “pragmática” o “verista”: la política del diplomático, experto en el arte de negociar y conciliar, más atento a sus intereses “particulares”, esto es, a la propia dignidad, a su reputación y a su carrera política (así por ejemplo, en religión, en Guicciardini existen indicios que le habría gustado volverse luterano aunque permaneció católico; odiaba al clericalismo, pero se adaptó para servir al papado). Por “particular” no se debe entender el beneficio material. En las *Consideraciones en torno a los Discursos de Maquiavelo sobre la primera década de Tito Livio* (1530), Guicciardini pone en duda que la unificación nacional sea un objetivo preferible al equilibrio entre las distintas entidades políticas existentes y sostiene, por el contrario, que el desarrollo autónomo de las distintas ciudades y señoríos, además de generar un mayor bienestar económico, corresponde más a las costumbres antiguas de los italianos. Y es cuando junto a su reputado realismo coexiste el “verismo” de sus juicios apodícticos.

Su obra más importante, en el plano historiográfico, es la *Historia de Italia* en veinte tomos, compuesta entre 1536 y 1539. Es la obra maestra de toda la historiografía del siglo XVI que, como ya anotamos, trata de los eventos que van desde la caída de Carlos VIII hasta la muerte de Clemente

VII. Es la única obra que redactó expresamente para ser publicada.

Guicciardini es el primero que compila en un fresco la vida de toda Italia, y es también el primero en utilizar como fundamento de la narración documentos auténticos y originales: de allí su proverbial objetividad, que anticipa en cuatro siglos los cánones del análisis científico de la política. En el arco teórico que va de Guicciardini a Max Weber encontramos elementos afines y depurados de un mismo *corpus* conceptual.

La diferencia principal entre su historiografía y la de Maquiavelo la podemos encontrar en el juicio que da de la República florentina. Mientras Maquiavelo había indagado en la vida pasada de la ciudad la prueba de la fragilidad del pequeño Estado corporativo respecto de las emergentes naciones europeas, Guicciardini, por su parte, atribuía la decadencia de la ciudad a las pasiones y a los errores de personajes e individuos famosos que habían vivido los últimos cuarenta años, así como a las pretensiones de las clases populares e, incluso, a la influencia negativa de la Fortuna.

Estos aspectos pueden apreciarse en los tres breves escritos que componen sus *Escritos menores*: el elogio a Lorenzo de Médicis destaca las virtudes del soberano a quien Maquiavelo también dedicó *El Príncipe*, y exalta los atributos y la grandeza de un gobernante prudente y sensible al arte y a las vicisitudes de la guerra. El segundo pone sobre aviso a los estadistas que utilizan la fuerza y generan conflictos, pues sirven de antecedente a situaciones que en el futuro pueden revertirse y generar un peligroso efecto demostración. El tercero es una disquisición de gran actualidad acerca de los motivos para preservar la libertad del Estado y de los ciudadanos, y cuya proyección podemos extender al terrorismo y a la república imperial. Analiza con precisión asuntos sobre la moral del Estado y la ética del estadista: el corolario es claro, el asunto límite de la vida y la muerte tiene que ver inequívocamente con la *res pública*. No es un asunto privado; es, tal vez, la quintaesencia de la vida pública. •



#### Bibliografía

- Carlos Álvarez-Peña, *Una embajada italiana en España: Guicciardini en la Corte del Rey Católico*, Zaragoza [s/n], Tipográfica La Académica, 1949, 37 pp. Tirada aparte de la revista *Universidad de Zaragoza*.
- C. Antonaide, *Trois figures de la renaissance: Pierre Arétin, Guichardin, Benvenuto Cellini*, París, Desclée de Brouwer, 1937, 333 pp.
- Vittorio De Caparais, *Francesco Guicciardini: dalla politica alla storia*, Bologna, Il Mulino (Istituto Italiano de Estudios Históricos de Nápoles, 2), 1993, 136 pp.
- Francesco De Sanctis, *Probombres de Italia*, prólogo de Benedetto Croce, versión castellana de Álvaro Armando Vasseur, Madrid, Imprenta Helénica, 1920, 268 pp.
- Felix Gilbert, *Machiavelli and Guicciardini: politics and history in sixteenth century Florence*, Nueva York, W. W. Norton, 1984, c1965, x + 339 pp.
- Francesco Guicciardini, *Recuerdos*, presentación y traducción de Antonio Hermosa Andújar, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales (Clásicos Políticos), 1988, xxxii + 120 pp. Incluye el estudio introductorio "El hombre de Guicciardini", de F. de Sanctis. Una edición italiana reciente es *Ricordi politici e civili*, Milán, Longanesi (Piccola Biblioteca, 16), 1951, 141 pp. La edición original comprende sus recuerdos entre 1512 y 1530.
- , *Aforismos políticos y civiles*, traducción de Guillermo Fernández, prólogo de Emilio Pasquini, México, UNAM, Dirección General de Difusión Cultural, 1985, 121 pp.
- , *Consolatoria, Oratio accusatoria, Oratio defensoria*. Estos tres textos datan todos de 1527. El primero es un discurso un

poco revuelto en el que intenta demostrar los motivos que tiene para no entristecerse; en el segundo imagina a un fantasma que lo acusa de todas las culpas posibles (y de algunas otras) con un estilo declamatorio y populista. Pero es en el tercero en el que campea el verdadero estilo de Guicciardini: seco, científico y eficaz, con el que desmonta una a una las acusaciones que se le habían inventado. Éste último ha llegado hasta nosotros de forma mutilada.

———, *De la vida política y civil*, traducción de Felipe González Vicen, Buenos Aires, Espasa-Calpe (Austral, 786), 1947, 147 pp.

———, *Dall'assedio di Firenze al secondo convegno di Clemente VII e Carlo V (28 Giugno 1530-2 Dicembre 1532)*, cartas inéditas a Bartolomeo Lanfredini, edición a cargo de André Oletea, Aquila, Vecchioni, 1927, XXXV + 247 pp., 1 lám.

———, *Dialogo e discorsi del reggimento di Firenze*, edición a cargo de Roberto Palmarocchi, Bari, Gius, Laterza & Figli (Scrittori d'Italia, 140. F. Guicciardini, Opere, 7), 1932, 374 pp. El famoso *Discurso de Logroño* fue redactado originalmente en 1512. Tanto esta obra como las *Consideraciones a los Discursos de Maquiavelo sobre la primera década de Tito Livio* datan de 1528.

———, *Istoria d'Italia*, Milán, Edoardo Sonzogno (Biblioteca Clásica Económica, 33-36), 1875-1882 [s/f], 4 vols. Una versión reciente, a cargo de Costantino Panigada, es *Storia d'Italia*, Bari, Gius, Laterza & Figli (Scrittori d'Italia, 120-124), 1929, 5 vols. F. Guicciardini. Opere, 1-5. Contenido: 1. Libros I-IV; 2. Libros V-VIII; 3. Libros IX-XII; 4. Libros XIII-XVI; 5. Libros XVII-XX. Sin duda, éste fue el proyecto más ambicioso que quedó trunco; escrito entre 1537 y 1540, inicia su relato con la muerte de Lorenzo el Magnífico y la caída de Carlos VIII de Francia, y abarca los sucesos hasta 1534 (después del saqueo de Roma por parte de los lansquenets y la muerte de Clemente VII). El protagonista es un "alto funcionario y consejero de tres papas" y está escrito bajo influencias clásicas (se inspiró en los comentarios de César) pero imbuido por la modernidad que le imprimía el toscano vulgar.

———, *Pagine militari*, edición de Roberto Palmarocchi, Roma, Ediz. Roma (La Guerra e la Milizia negli Scrittori d'Ogni Tempo), 1936, 278 pp.

———, *Storie fiorentine dal 1378 al 1509*, edición de Roberto Palmarocchi, Bari, Gius, Laterza & Figli (Scrittori d'Italia, 134. F. Guicciardini, Opere, 6), 1931, 441 pp. La edición original fue escrita entre 1508-1510. Complemento necesario a este texto es su otro escrito histórico redactado posteriormente, *Le cose fiorentine* (1528-1531), y que es un verdadero modelo de relato histórico.

———, *Viaje a España de Francesco Guicciardini, embajador de Florencia ante el Rey Católico*, traducción y estudio preliminar de José María Alonso Gamo, Valencia, Castalia, 1952, 147 pp., 5 map., 1 lám. Una versión italiana es *Diario del Viaggio in Spagna*, publicado e ilustrado da Paolo Guicciardini, Florencia, [E. Ariaconi], Felice Le Monnier, 1932, 123 pp. con 5 lám., lám. I-VIII, 4º mlª. La versión original fue escrita en 1512. Mientras que el texto titulado *Relación de España* data de 1514.

Istituto Nazionale di Studi sul Rinascimento, *Francesco Guicciardini, 1483-1983: nel V centenario della nascita*; Florencia, L. S. Olschki (Studi e Testi/Istituto Nazionale di Studi sul Rinascimento, 9), 1984, 299 pp.

Jan Malarczyk, *U źródeł włoskiego realizmu politycznego: Machiavelli i Guicciardini. Rozprawa habilitacyjna*, Lublin, Uniwersytet Marii Curie-Skłodowskiej, Wydział Prawa (Zalad, Graficznym Politechniki Warszawskiej), 1963, 292 pp.

Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe. Escritos Políticos*, traducción y notas de Juan G. de Luaces, nota preliminar de Federico Carlos Sainz de Robles, México, Aguilar, 1976, 381 pp.

———, *Obras políticas (Discursos sobre la primera década de Tito Livio, El Príncipe, Dictamen sobre la reforma de la Constitución de Florencia)*, estudio introductorio de George H. Sabine, traducción de Luis Navarro [et al.], La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, 1971, 375 pp.

———, *Historia de Florencia*, prólogo, traducción y notas de Félix Fernández Murga, Madrid, Alfaguara (Clásicos Alfaguara), 1979, liii + 501 pp.

Athanasios Moulakis, *Republican realism in Renaissance Florence: Francesco Guicciardini's "Discorso di Logroño"*, Lanham, Rowman & Littlefield, 1998, 171 pp. Índice y bibliografía: pp. 159-167.

Sirio Attilio Nulli, *Francesco Guicciardini*, Bologna, Licio Cappelli (Arcobaleno, 26), 1936, 272 pp.

Roberto Ridolfi, *Studi guicciardiniani*, Florencia, L. S. Olschki (Biblioteca dell'Archivum Romanicum. Serie 1, Storia, Letteratura, Paleografía, 145), 1978, 342 pp.

Agostino Rossi, *Francesco Guicciardini e il Governo fiorentino. Dal tumulto del 26 Aprile 1527*, Turín [Vincenzo Bona], Fratelli Bocca, 1893, 28 pp. Tirada aparte de la *Rivista Storica Italiana*, vol. X, fasc. 1, año IV, 1893.

George Uscatescu, *Maquiavelo y la pasión del poder*, Madrid, Guadarrama (Punto Omega, 102), 1969, 219 pp.